

843
H.

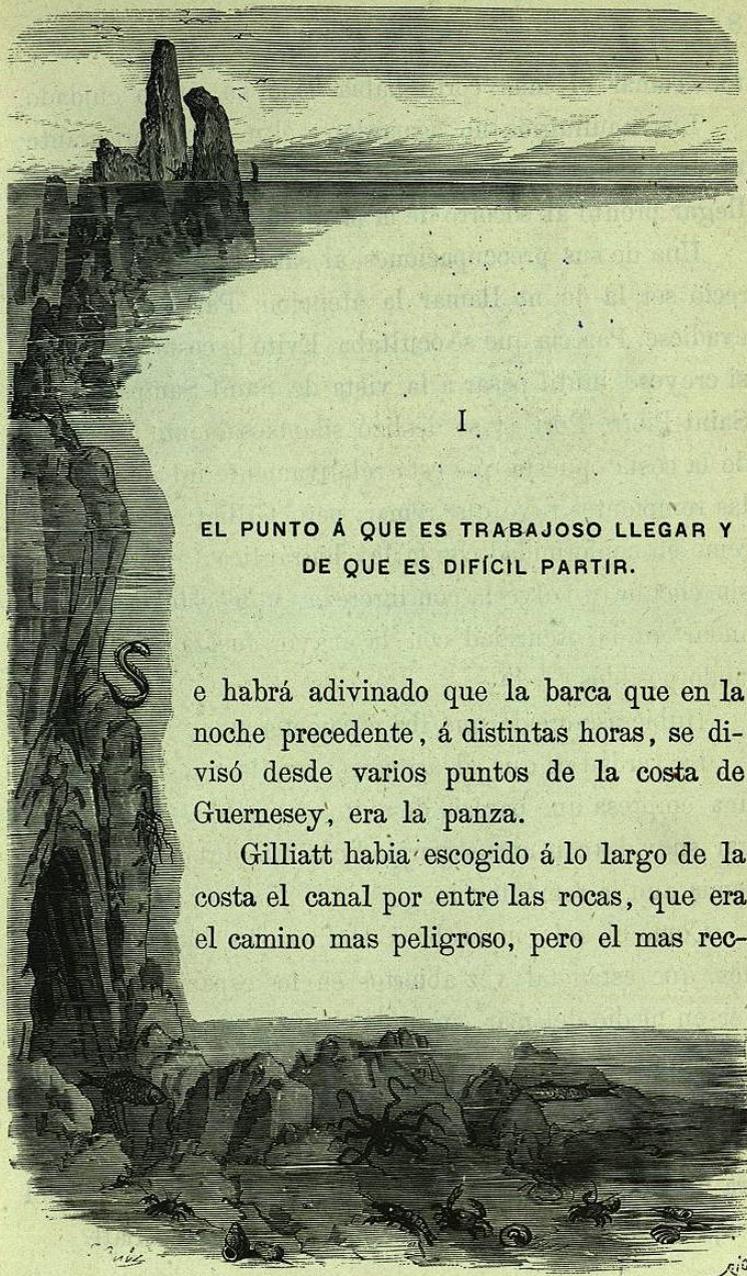


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

308



I.

EL PUNTO Á QUE ES TRABAJOSO LLEGAR Y
DE QUE ES DIFÍCIL PARTIR.

Se habrá adivinado que la barca que en la noche precedente, á distintas horas, se divisó desde varios puntos de la costa de Guernesey, era la panza.

Gilliatt habia escogido á lo largo de la costa el canal por entre las rocas, que era el camino mas peligroso, pero el mas rec-

to. Tomar el mas corto habia sido su único cuidado.

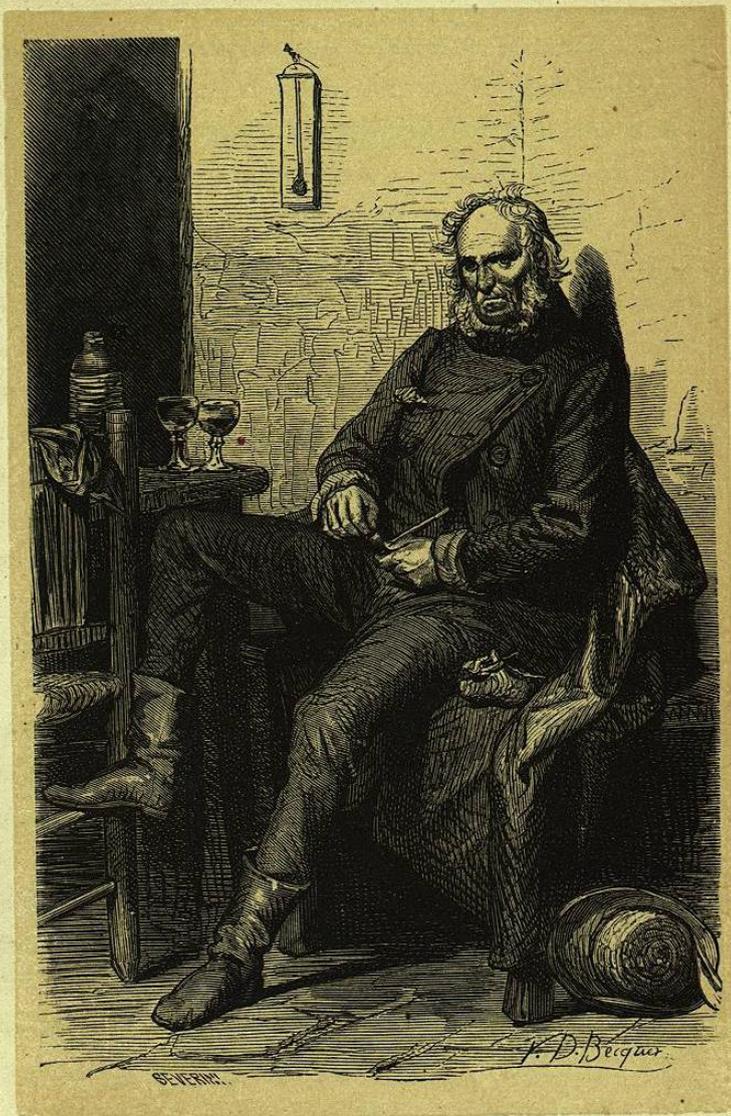
Los naufragios no aguardan; el mar es apremiante; una hora de retraso puede ser irreparable. Gilliatt queria llegar pronto al socorro de la máquina en peligro.

Una de sus preocupaciones al salir de Guernesey pareció ser la de no llamar la atención. Partió como si se evadiese. Parecia que se ocultaba. Evitó la costa Este como si creyese inútil pasar á la vista de Saint-Sampson y de Saint-Pierre Port, y se deslizó silenciosamente á lo largo de la costa opuesta que está relativamente inhabitada. En las rompientes tuvo que remar; pero Gilliatt manejaba el remo en conformidad con la ley hidráulica: tomar el agua sin choque y volverla con ligereza, y de este modo pudo andar en la oscuridad con la mayor fuerza y el menor ruido posibles.

Hubiérase creído que iba á cometer una mala acción.

La verdad es que al arrojarle con los ojos cerrados á una empresa que parecia de éxito imposible, y al arriesgar su vida con una seguridad casi absoluta de perderla, temia aun la competencia.

Como el sol empezaba á declinar, los ojos desconocidos, que están tal vez abiertos en los espacios, pudieron ver en medio del mar, en uno de los puntos mas solitarios y amenazadores, dos objetos, entre los cuales el intervalo decrecia, acercándose el uno al otro. El uno, casi imperceptible en medio del anchuroso movimiento de las olas, era un buque de vela en el cual habia un hombre. Aquel buque era la panza, á cuyo bordo se hallaba Gilliatt.



EL CAPITAN GERTRAI-GABOUREAU.

El otro, inmóvil, colosal, negro, tenía encima del agua una figura sorprendente. Dos altos pilares sostenían fuera de las olas en el vacío una especie de traviesa horizontal que era como un puente echado de una cima á otra.

La traviesa, tan informe vista de lejos que era imposible adivinar lo que era, formaba cuerpo comun con los dos pies derechos.

Aquello parecia una puerta. ¿De qué servía una puerta en aquella abertura que se hallaba en todas partes, pues era el mar?

Hubiérase dicho que era un portalon histórico, levantado en pleno océano por una fantasía magistral y por manos acostumbradas á construcciones que guardasen proporcion con el abismo.

Aquella silueta feroz se destacaba de la claridad del cielo.

La luz de la alborada se iba haciendo intensa hácia Levante, y la blancura del horizonte hacia parecer el mar mas negro. Al otro lado, y frente á frente, la luna se ponía.

Los dos pilares eran los Douvres. La especie de mole encajonada entre ellos, como un arquitrabe entre dos jambas, era la Duranda.

Aquel escollo, sujetando su presa y dejándola ver, era terrible; las rocas tienen á veces delante del hombre una ostentacion sombría y hostil.

Habia desafío en la actitud de aquellas rocas. Parecian estar en guardia.

Nada tan altivo y arrogante como aquel conjunto: el buque vencido, el abismo amo.

Las dos rocas, mojadas aun por la tempestad de la víspera, parecían combatientes que sudaban.

El viento había aflojado, el mar se plegaba pacíficamente, se adivinaban, con solo mirar la superficie del agua, algunas rompientes en que caían con gracia los penachos de espuma, y de cuando en cuando venía de alta mar un murmullo parecido á un zumbido de abejas.

Todo estaba al nivel, á escepcion de los dos Douvres, erguidos y rectos como dos columnas negras. Estaban hasta cierta altura cubiertos enteramente de ova. Sus escarpados lomos tenían reflejos de armaduras.

Se comprendía que debajo del agua tenían montañas por raíces. De ellos se desprendía una especie de omnipotencia trágica.

El mar oculta ordinariamente sus golpes. Queda voluntariamente oscuro, y todo lo vela su sombra incommensurable. Es muy raro que el misterio renuncie al secreto. Hay algo, sin duda alguna, de monstruoso en la catástrofe, pero en cantidad desconocida.

El mar es potente y secreto; se oculta, no tiene afán de divulgar sus acciones. Produce un naufragio, y lo tapa; el engullimiento es su pudor. La ola es hipócrita; mata, roba, encubre, afecta candidez y sonríe. Ruge, y después se riza.

No sucedía en los Douvres lo mismo. Los Douvres, levantando encima de las olas la Duranda muerta, tenían

un ademán de triunfo. Hubiérase dicho que eran dos brazos monstruosos que salían del abismo y enseñaban á las tempestades aquel cadáver de buque.

Eran algo parecido al asesino que se jacta de sus fechorías.

Se añadía á todo lo dicho el horror sagrado de la hora. El amanecer tiene una grandeza misteriosa que se compone de un resto de sueño y de un principio de pensamiento. En este momento turbio, flota aun un poco de espectro.

La especie de inmensa H mayúscula, formada por los dos Douvres de que era la Duranda como un eslabon que los unía, aparecía en el horizonte con no sé qué magestad crepuscular.

Gilliatt llevaba su traje de marinero, camisa de lana, medias de estambre, zapatos claveteados, chaqueton de punto de media, pantalon con bolsillos de paño burdo, y en la cabeza uno de esos gorros de lana colorada, usados á la sazón en la marina, llamados en el último siglo *galeotes*.

Reconoció el escollo y avanzó.

La Duranda era todo lo contrario de un buque echado á pique; era un buque suspendido en el aire.

No se podía intentar un salvamento mas extraño.

Ya el sol estaba muy alto cuando Gilliatt llegó á las aguas del escollo.

Como hemos dicho, había poca marejada. El agua tenía solamente la agitacion que la da su opresion entre los

peñascos. Todo estrecho, pequeño ó grande, se riza, y su interior echa siempre espuma.

No abordó Gilliatt los Douvres sin precaucion.

Echó varias veces la sonda.

Tenia que practicar un pequeño desembarco provisional.

Acostumbrado á viajes continuos, aunque cortos, tenia siempre dispuesto todo lo necesario para ellos.

Metió en la barca un saco de galleta y otro de harina de centeno, una cesta de stock-fisch y de tasajo, una pipa de agua dulce, un cajon de Noruega con flores pintadas que contenia algunas camisas gruesas de lana, un chaqueton y unos calzones embreados, y una piel de carnero que se echaba encima por la noche.

Todo esto, á mas de un pan tierno, metió precipitadamente en el buque antes de salir del Bu de la Calle.

Impaciente por partir, no sacó de su morada mas instrumentos de trabajo que su martillo de herrero, su hacha y su segur, una sierra y una cuerda de nudos, armada de su correspondiente garfio. Con una escalera de nudos, sabiendo servirse de ella, las mas ásperas pendientes se hacen accesibles, y un buen marino encuentra practicables los mas rudos acantilados.

En la isla de Serk se puede ver el partido que sacan de una cuerda de nudos los pescadores del Havre Goselin.

Dentro de la barca se hallaban tambien sus redes, sus sedales y todos sus aparejos de pesca.

Los habia metido por costumbre y maquinalmente, pues demasiado sabia que prosiguiendo la empresa en que se habia empeñado, tendria que permanecer por algun tiempo en un archipiélago de rompientes, en que de nada sirven los chismes de pesca.

En el momento de llegar Gilliatt al escollo, la marea bajaba, lo cual era una circunstancia favorable.

Las aguas, decreciendo, dejaban en descubierto al pie de la Douvre menor algunas hiladas de piedras chatas y poco inclinadas, que se parecian bastante á las repisas que sostienen un techo.

Aquellas superficies, estrechas unas y otras anchas, escalonadas por espacios desiguales á lo largo del monolito vertical, se prolongaban en forma de estrecha cornisa hasta debajo de la Duranda, la cual formaba barriga entre los dos peñascos. Allí estaba como en un torno.

Aquellas plataformas eran cómodas para descargar y columbrar. Allí se podia dejar provisionalmente el cargamento de la panza. Pero era menester darse prisa, porque no podian estar mucho tiempo fuera del agua. Al subir la marea, habian de sepultarse nuevamente bajo la espuma.

Delante de aquellas rocas, unas planas y otras en declive, Gilliatt detuvo la panza. Una gruesa capa de ova las cubria, y por esta circunstancia y por su oblicuidad eran en varios puntos muy resbaladizas.

Gilliatt se descalzó, saltó á la ova y amarró la panza al pico de una roca.

Despues avanzó cuanto pudo entre la estrecha cornisa

de granito, se colocó debajo de la Duranda, levantó los ojos y la examinó detenidamente.

La Duranda estaba cogida, suspendida y como amoldada entre los dos peñascos, á unos veinte pies encima del agua. Para echarla allí habia sido necesario un golpe de mar espantoso.

Esas cóleras nada tienen de asombroso para la gente de mar. Para no citar mas que un ejemplo, diremos que el dia 25 de enero de 1840, en el golfo de Stora, una tempestad, al tocar ya á su fin, hizo con el ímpetu de su última ola saltar un bergantin todo entero por encima del desmantelado casco de la corbeta *la Marne*, y lo incrustó, con el bauprés hácia delante, entre dos acantilados.

Por lo demás, no habia en los Douvres mas que una mitad de la Duranda.

El buque, arrancado á las olas, habia sido en cierto modo desarraigado del agua por el huracan. El torbellino de viento le habia torcido, el torbellino de mar le habia retenido, y de esta manera, cogido en sentido inverso por las dos manos de la tempestad, se habia roto como una tablilla.

La popa, con la máquina y las ruedas, levantada fuera del agua y arrojada con toda la furia del huracan contra el desfiladero de los Douvres, habia entrado en él hasta la mitad de su casco y se quedó clavada. La ráfaga habia sido terrible; para hundir aquel pesado maderámen entre los dos peñascos, el huracan se habia hecho maza. La proa, llevada y rodada por la racha, se habia dislocado en las rompientes.

La sentina desfondada habia vaciado en el mar los bueyes ahogados.

Algunos tablones de la proa se conservaban aun y colgaban de los sobreplanos ó pueras del tambor izquierdo sostenidos por algunos cables destrozados que se podian romper de un hachazo.

Se veian diseminados desordenadamente, por encima de las lejanas fragosidades del escollo, tirantes, tablas, harapos del velámen, trozos de cadena y todo género de despojos.

Gilliatt contemplaba con atencion la Duranda. La quilla formaba techo encima de su cabeza.

El horizonte, en que el agua ilimitada apenas se movia, estaba sereno. El sol salia soberbio de aquella vasta redondez azul.

De cuando en cuando una gota de agua se desprendia de la quilla y se perdia en el mar.